

# ¿Qué queda de los movimientos sociales urbanos en Brasil?

## Reflexiones sobre el estudio de la relación con lo político en los medios populares de América Latina

Dominique Vidal\*

*Resumen: En este artículo se intentará mostrar la manera en que algunas orientaciones recientes de la investigación urbana sobre Brasil, y más generalmente sobre América Latina, surgen del final de la imagen integradora de la ciudad, de la que el imaginario participativo de los movimientos sociales urbanos era la última representación. Después de abordar de nuevo el desgaste de lo que fue un paradigma, se abordará la importancia adquirida, en la investigación urbana, por el tema de la desorganización y la cuestión de la violencia. Se mostrará a continuación que el imaginario participativo conserva, no obstante, una relativa influencia en los trabajos recientes sobre la política en la ciudad. Y se concluirá sugiriendo el importante avance que, para la investigación sobre la ciudad en América Latina, representa el desarrollo de los trabajos basados en investigaciones de terreno.*

*Résumé : Cet article entend montrer combien certaines orientations récentes de la recherche urbaine sur le Brésil, et plus généralement sur l'Amérique latine, trouvent leur origine dans la fin d'une image intégratrice de la ville, dont l'imaginaire participatif des mouvements sociaux urbains était la dernière représentation. Après être revenu sur l'épuisement de ce qui fut un paradigme, on évoquera l'importance prise dans la recherche urbaine par le thème de la désorganisation et la question de la violence. On montrera ensuite que l'imaginaire participatif conserve toutefois une certaine prégnance dans les travaux récents sur la politique en ville. On conclura alors en suggérant l'avancée importante que représente pour la recherche sur la ville d'Amérique latine le développement de travaux fondés sur des enquêtes de terrain.*

Palabras-claves: *Sociología. Política. Brasil. Movimientos sociales urbanos. Ciudad.*  
Mots-clés : *Sociologie. Politique. Brésil. Mouvements sociaux urbains. Ville.*

**D**ESDE HACE UNAS CUATRO DÉCADAS, la relación de las clases populares con lo político en las ciudades latinoamericanas ocupa un lugar central en la literatura de las ciencias sociales sobre América Latina. Desde los grandes debates sobre la naturaleza de la marginalidad urbana<sup>1</sup> en los años 1960 hasta las recientes discusiones sobre la contribución de los mecanismos de participación popular en la profundización de la democracia, la cuestión del rol de las poblaciones urbanas desfavorecidas en el proceso político es el centro de numerosos trabajos sobre los medios populares. Esta interrogación, sobre el papel de los pobres de las ciudades, es también, en muchos aspectos, una de las principales maneras de abordar las transformaciones de las ciudades de América Latina desde su urbanización masiva de los años 1950.

No es este el lugar para abordar de nuevo el conjunto de las investigaciones realizadas sobre el tema. Por una parte, y dada la abundancia de trabajos, la

\* Universidad de Lille3. Francia.

tarea sería imposible, y, por otra parte, se dispone ya de numerosas síntesis sobre estas cuestiones<sup>2</sup>. Lo que nos proponemos, principalmente a partir de las investigaciones realizadas sobre el Brasil, es más bien mostrar la imposibilidad de analizar sociológicamente la manera en que se ha escrito la ciudad latinoamericana durante estas dos últimas décadas, si no se toma en consideración el agotamiento del paradigma de los movimientos sociales urbanos que había permitido, desde el final de los años 1970 y durante las transiciones del autoritarismo a la democracia, pensar la integración social y política de los grupos populares. Nuestra intención, en la materia, no es proponer un nuevo balance de los trabajos sobre los movimientos sociales urbanos ni volver de nuevo al debate conceptual sobre los usos de este concepto. Estos balances ya existen, y el debate teórico a este respecto no nos parece que tenga hoy un gran interés<sup>3</sup>.

A partir de una investigación bibliográfica, a la que han contribuido los documentalistas del REDIAL y un grupo de estudiantes del IHEAL (Universidad de Paris III), nos interesaremos más bien a las marcas dejadas por el imaginario de los movimientos sociales urbanos en la manera de escribir la ciudad latinoamericana en un contexto de fuerte crisis económica y social en el que este paradigma ya no proporciona un sistema de interpretación del comportamiento político de los medios populares. Formulando nuestra observación diferentemente se podría decir que se intentará mostrar la manera en que algunas orientaciones recientes de la investigación urbana sobre Brasil, y más generalmente sobre América Latina, se originan en el final de una imagen integradora de la ciudad, de la que el imaginario participativo de los movimientos sociales urbanos era la última representación<sup>4</sup>. Después de abordar de nuevo el agotamiento del paradigma de los movimientos sociales urbanos se abordará la importancia adquirida, en la investigación urbana, por el tema de la desorganización y la cuestión de la violencia. Se mostrará a continuación que el imaginario participativo conserva, no obstante, una relativa influencia en los trabajos recientes sobre la política en la ciudad. Y se concluirá sugiriendo el importante avance que, para la investigación sobre la ciudad en América Latina, representa el desarrollo de los trabajos basados en investigaciones de terreno.

## EL AGOTAMIENTO DEL PARADIGMA DE LOS MOVIMIENTOS SOCIALES URBANOS

Hacia mediados de los años setenta, en América Latina, el crecimiento de los movimientos reivindicativos de los habitantes desfavorecidos de las ciudades fue ampliamente percibido como un indicio de la capacidad de organización autónoma de los sectores populares urbanos. Aunque el sentido atribuido a estas formas de acción colectiva haya sido objeto de numerosos debates, la mayoría de los investigadores no dudaron de que estos movimientos marcaran una ruptura con el tiempo de la manipulación populista y las prácticas clientelistas. Dan prueba de ello las numerosas investigaciones inspiradas de los trabajos de Manuel Castells sobre los 'movimientos sociales urbanos' (Castells 1975 de, 1983). Algunos ven incluso en estos movimientos los gérmenes de una 'democracia participativa' en la que el pueblo participaría directamente en la decisión política y no vería ya sus intereses pervertidos por representantes al servicio del poder económico de las élites. Sin embargo, los abogados de los movimientos sociales urbanos deberán desilusionarse muy pronto. Las movilizaciones de los pobres de las ciudades no tie-

nen generalmente ninguna continuidad. Los dirigentes de las organizaciones de barrio se dejan cooptar como antes y el comportamiento electoral de los medios populares parece aún depender ampliamente de transacciones clientelarias. En un contexto dominado por una crisis económica de gran amplitud, la esperanza cede el lugar a la desilusión. La democracia no parece ser capaz, como muchos lo esperaban, de garantizar la integración social y la participación política de los pobres de las ciudades. Por otra parte, el aumento del desempleo y de la criminalidad violenta hace resurgir los cuestionamientos dolorosos sobre la desorganización y la capacidad política de los medios populares. Y el tema de la ciudad fragmentada, amenazada por el caos, substituye rápidamente – en el sentido común como también en las ciencias sociales – la imagen de la ciudad integradora que durante mucho tiempo había predominado en América Latina. Los movimientos sociales urbanos desaparecen prácticamente de los debates al cabo de algunos años. Desde antes del cambio crucial de los años 1990, los trabajos que se refieren a ellos ya no lo hacen más que de manera crítica, destacando ahora no la autonomía de los sectores populares sino, al contrario, el papel esencial desempeñado por militantes políticos de la clase media, el clero y los investigadores en ciencias sociales en la aparición y la ‘producción social’ de estos movimientos (Cardoso, 1983; Assies, 1992; Escobar & Álvarez, 1992).

Sin embargo, el debilitamiento de los movimientos sociales urbanos no ha sido realmente objeto de un debate honesto en la literatura sobre América Latina. La amplitud de las desilusiones que acompañaron la vuelta a la democracia no es ciertamente extraña al abandono rápido de ese paradigma. Algunos autores se dedicaron a poner de relieve los límites de estas formas de acción colectiva. Alain Touraine explicó como eran su carácter comunitario y su dependencia del sistema político los que les impedían transformarse en movimientos sociales autónomos (Touraine, 1988). En una investigación sobre las protestas de los pobladores de Santiago de Chile en los últimos años del régimen del general Pinochet, François Dubet y Eugenio Tironi mostraron, también en la misma perspectiva, la diversidad de las lógicas de acción de estos habitantes desamparados de las ciudades (Dubet, Tironi *et alii*, 1989). Sin embargo, la verdad es que no se estudió suficientemente la decadencia de los movimientos sociales urbanos en una perspectiva inspirada de la sociología de la movilización y de la acción colectiva, como lo hizo, por ejemplo, Camille Goirand en su estudio sobre dos favelas de Río de Janeiro (Goirand, 2000).

En la literatura producida durante el cambio crucial de los años noventa aparecen en filigrana tres importantes tipos de explicación – que habrían ganado ampliamente si hubiesen sido elaborados teóricamente – para explicar la decadencia de estos movimientos en América Latina. El primero atribuye la desmovilización popular a la crisis económica y a la incapacidad del Estado para responder a las reivindicaciones populares. Los pobres de las ciudades habrían renunciado a luchar colectivamente al privilegiar estrategias individuales de supervivencia. El segundo tipo de explicación ve el debilitamiento de los movimientos sociales urbanos como una consecuencia de su institucionalización al instaurarse dispositivos institucionales de participación popular: como la ley de participación popular en Bolivia o los Presupuestos Participativos en Brasil. Las reivindicaciones de los pobres de las ciudades se expresarían ahora a través de estos dispositivos más que por intermedio de la acción colectiva. Finalmente, un tercer tipo de explicación pretende que esta decadencia sólo es relativa, ya que la importancia de la movilización de los pobres de las ciudades fue muy exagerada durante el período de transición del autoritarismo a la democracia.

Lo seguro es que la especificidad de los contextos nacionales reaparece con fuerza en el momento en que se vuelve obvia la incapacidad de los movimientos sociales urbanos para transformar radicalmente el funcionamiento político. Efectivamente, cuando los movimientos sociales urbanos se habían impuesto como un paradigma y una agenda de investigaciones para el conjunto de América Latina, su decadencia vio resurgir temas propios a cada país. Así, la vieja oposición entre Civilización y Barbarie ha sido nuevamente evocada a propósito de la desorganización creciente de la sociedad argentina, y, en Brasil, reaparecieron, aquí y allí, las viejas dudas sobre la incapacidad política del pueblo para participar de manera autónoma en el proceso político.

#### LA DESORGANIZACION Y LA VIOLENCIA: UN NUEVO PRISMA DE LECTURA DE LA CIUDAD LATINOAMERICANA

Desde el comienzo de los años noventa, el tema de la desorganización y la cuestión de la violencia han tomado, en las ciencias sociales latinoamericanas, el puesto antes ocupado por el estudio de los movimientos sociales urbanos. La palabra 'violencia', término "atrapa todo" e imposible a definir conceptualmente, ha permitido, ante todo, unificar fenómenos tan distintos como el aumento de los índices de homicidio, el aumento del tráfico de estupefacientes, el desarrollo de la delincuencia juvenil y algunas manifestaciones de la conflictualidad política. El tema de la violencia le daba también un sentido a lo que iba contra la imagen de la ciudad integradora que vehiculaba, hasta hace poco, el imaginario de los movimientos sociales urbanos. Si la criminalidad violenta creció indiscutiblemente en la mayoría de las ciudades de América Latina, la amplitud de las interrogaciones sobre la violencia corresponde en efecto a una nueva lectura de un mundo urbano que aparece cada vez más desorganizado y dominado por la inseguridad. Por ejemplo, Angelina Peralva ha mostrado de qué manera el discurso sobre la violencia de los habitantes de Río de Janeiro procedía de un proceso complejo de reelaboración mítica, al cual participaban los medios de comunicación de masa y numerosos investigadores en ciencias sociales (Peralva, 1996).

El caso de Brasil ilustra muy bien el impacto sobre la representación de la vida en ciudad consecutiva a la degradación de la situación económica en el momento de la transición democrática. Es, en efecto, en el período en que se abre la posibilidad de la integración social y política de las capas populares que una serie de cambios, que afectan a las formas de organización social y espacial, va a ser propuesta para explicar el aumento de las tensiones sociales y de la conflictualidad. Se evocarán aquí los principales temas mencionados en la literatura brasileña: la influencia de los cambios económicos sobre la estructura social, la aparición de una nueva relación con la ciudad, la extensión de los pentecostistas, la afirmación de una identidad afrobrasileña y el desarrollo de la violencia criminal en un contexto caracterizado por el restablecimiento de los procedimientos democráticos.

#### El impacto de las transformaciones económicas y sociales

Desde el comienzo de los años ochenta, las transformaciones económicas comenzaron reforzando la segregación social y espacial en las grandes metrópolis brasileñas. No obstante, la importancia de la globalización de la economía en este proceso debe relativizarse. Edmond Préteceille y Luiz César de Queiroz Ribeiro (1999) han mostrado, también a propósito de Río de Janeiro, que las

evoluciones observadas eran debidas esencialmente a los cambios provocados en el mercado laboral por el desarrollo de una economía de servicios. Contrariamente a los autores que establecen una relación de causalidad entre globalización y dualización socio espacial, ellos ponen de relieve que el aumento de la segregación de las poblaciones desfavorecidas proviene, ante todo, de las 'prácticas de auto segregación de las élites', cuyo grado de concentración en los espacios urbanos más valorizados no cesó de aumentar. En el caso de São Paulo, Teresa Caldeira puso también de relieve esta preocupación de las categorías más favorecidas de poner a distancia los pobres mediante la construcción de espacios residenciales protegidos (Caldeira, 1999). La proliferación de los condominios fechados, estos edificios de estanding atrincherados detrás de altas paredes y protegidos permanentemente por vigilantes privados, y de los barrios cerrados reservados a las familias favorecidas muestra, según ella, la aparición de un 'nuevo modelo de segregación social' en una sociedad en la que las distancias que separaban los ricos de los pobres han disminuido considerablemente. La construcción de barreras físicas manifiesta el rechazo del contacto con las capas bajas en una época en la que las fronteras sociales se han debilitado y en la que el desarrollo de una criminalidad violenta no ha hecho más que aumentar el miedo suscitado por los residentes de las periferias. Ahora bien, este nuevo urbanismo no favorece ni la percepción del otro como similar, ni la constitución de un espacio público en el que se podrían expresar los valores universalistas de la democracia moderna. La gran ciudad brasileña no le parece pues hoy muy propicia para la construcción de ciudadanos modernos por el rebasamiento de las adhesiones territorializadas.

No obstante, sería un error creer que esta puesta a distancia expresa la oposición entre medios homogéneos. Desde hace mucho tiempo conocida, la diversidad de las situaciones de las capas superiores no disminuyó. Al contrario, todo indica que el debilitamiento del control oficial de la economía reforzó las disparidades en su seno. Las privatizaciones y la reducción del poder adquisitivo de los funcionarios debilitaron a cuantos que su identidad se definía por su relación con el Estado, mientras que las transformaciones económicas hicieron aparecer 'nuevos ricos', comúnmente designados en Brasil bajo el nombre de 'emergentes'. Los sectores populares descubren también una heterogeneidad que revela 'desigualdades en la pobreza' (Valladares, 2000; Préteceille & Valladares, 2000). Además de niveles de renta y de instrucción muy distintos, que determinan modos de vida y perspectivas muy diferentes, los propios espacios ocupados por los pobres de las ciudades presentan notables disparidades que los protagonistas de la intervención social tienden a minimizar. Sobre la base de un análisis fino de los datos recogidos por el Instituto brasileño de geografía y de estadísticas (IBGE), Edmond Préteceille y Licia Valladares ponen de relieve que, en la región metropolitana de Río de Janeiro, la favela no es un espacio socialmente homogéneo tal como generalmente es presentada (Préteceille & Valladares, 2000). En primer lugar, cada favela constituye un espacio específico en lo que se refiere a la calidad de la construcción, a la propiedad de las viviendas, a la actividad comercial, al saneamiento de las aguas sucias y a la recogida de la basura. En segundo lugar, las situaciones económicas que se observan son muy diversas, puesto que en ella residen tanto pobres como familias cuyos recursos y comportamientos apenas difieren de los de las clases medias. Por último, las diferencias de equipamiento como los niveles de renta e instrucción no diferencian intrínsecamente las favelas de muchos barrios regularmente urbanizados de los suburbios de la ciudad, en donde se registran más frecuentemente situaciones de pobreza extrema. La diversidad constatada en la inscripción espacial de la

pobreza plantea pues, según Préteceille y Valladares, la cuestión de la eficacia de las políticas sociales concentradas sobre favelas pensadas como espacios homogéneos<sup>5</sup>. La elección de este modo de intervención, adoptado de más en más por los protagonistas públicos y privados de la lucha contra la pobreza, ¿no es en efecto contraria a una acción social equitativa?

Los límites de las intervenciones que presuponen la homogeneidad de los lugares donde residen los pobres de las ciudades provienen de la dificultad de estos últimos de pensarse como miembros de un espacio común. Las circunscripciones administrativas no reflejan habitualmente más que muy imperfectamente la realidad de la experiencia vivida. El término 'comunidad', muy utilizado por los protagonistas de la intervención social y de las políticas urbanas, no concierne, en Brasil, a la realidad sociológica de los espacios poblados por las poblaciones desfavorecidas, sino que proviene de un trabajo de puesta en forma de lo social que tiene su origen en el catolicismo, en los métodos de trabajo social importados de los Estados Unidos y en una determinada concepción de la acción de los urbanistas en los medios populares (Vidal, 1996). El espacio que un municipio o una organización no gubernamental considera ser un 'barrio', una 'favela' o una 'comunidad' no es vivido como tal por sus habitantes más que en raras ocasiones. Si muchos se identifican con su lugar de residencia al emprender una acción reivindicativa ante las autoridades públicas o cuando uno de sus antiguos residentes triunfa en el deporte o en la canción, a menudo se representan el espacio sobre el cual residen como dividido en varios subconjuntos, albergando cada uno grupos distintos que se piensan como si estuviesen dotados de características sociales y morales diferentes (Vidal, 1998; Alvito, 2001). La prevención de los habitantes de los barrios populares antiguos hacia los de los barrios de chabolas que se han desarrollado en sus alrededores, y que se confunden con el núcleo de asentamiento inicial, se puso así de relieve en la mayoría de las metrópolis brasileñas. Generalmente es menos una prueba de la existencia de diferencias de niveles de renta y de instrucción, a menudo inexistentes si se considera la antigüedad de la implantación como punto de medida, que de la existencia de una forma de construcción identitaria que supone el establecimiento de una jerarquía entre los más pobres. Además, muchas investigaciones pusieron de manifiesto que una unidad de análisis esencial a la comprensión de las condiciones de existencia de las poblaciones urbanas desfavorecidas se situaba a una escala aún más reducida: la del mundo doméstico y la vecindad. En sus trabajos sobre un barrio popular de Salvador da Bahía, Michel Agier destacó, por ejemplo, la importancia del marco físico de la callejuela y sus alrededores inmediatos en la sociabilidad de los habitantes (Agier, 1989). Este espacio de proximidad constituye la base de prácticas de ayuda mutua e intercambio en donde se observan una parte importante de las relaciones de parentesco y de patrocinio. Y a cada uno de estos espacios corresponde un modo de identificación particular que se añade aún a las otras formas de diferenciación observables en el medio urbano.

Pero es seguramente la aparición de una nueva relación con el espacio metropolitano el que hace que el lugar de residencia sea cada vez menos el marco en donde se vive la experiencia de los medios populares. El desarrollo de los transportes públicos, el aumento considerable de la escolarización y el acceso generalizado a los medios de comunicación de masa han engendrado un proceso de homogeneización cultural y de reducción de las distancias sociales. Sobre esto, Angelina Peralva habla de un 'mutación igualitaria', particularmente sensible en los jóvenes de las favelas de Río que buscan cada vez más la participación en la vida social y cultural de la ciudad y provocan así la



desagregación de las pertenencias tradicionales (Peralva, 2001). Este fenómeno no se manifiesta probablemente de manera tan radical en todas las metrópolis brasileñas, pero es innegable que la identificación con los modelos culturales de la sociedad global en los jóvenes de los medios populares es el resultado de una exigencia más general de igualdad. Y aunque en las ciudades donde reina una fuerte sensación de inseguridad es en el mundo doméstico en donde los más pobres tienen el sentimiento de estar lo menos expuestos, la relación con el espacio está cada vez más afectada por la ambivalencia. Según las situaciones, la metrópolis, el barrio, la vecindad e incluso la vivienda pueden muy bien constituir soportes de identidad como de lugares en donde se resiente un sentimiento de vulnerabilidad (Vidal, 2000).

El desarrollo de nuevas formas religiosas y étnicas de sociabilidad ha contribuido igualmente al debilitamiento del sentimiento de pertenencia a un conjunto común en los residentes de los espacios de los desheredados.

La proliferación de las iglesias pentecostistas en los medios populares constituye la manifestación más evidente. El antropólogo John Burdick ve en ello, por ejemplo, la causa principal del debilitamiento del movimiento asociativo impulsado por el catolicismo progresista de un suburbio de Río (Burdick, 1993). La extensión del pentecostismo se debe principalmente, según él, a su capacidad para atraer a los más necesitados: social y culturalmente. En cambio, los participantes en comunidades eclesiales de base y en las asociaciones de habitantes que emanan de aquellas se reclutan sobre todo en la franja menos desfavorecida de la población local. Aunque den, como los católicos progresistas, una gran importancia a la lectura de la Biblia, los pentecostistas valorizan más bien el entusiasmo y la devoción que la aptitud a expresarse sobre las Escrituras. Por eso los analfabetos no experimentan en el culto ese sentimiento de humillación frecuentemente resentido en las comunidades eclesiales de base. El hecho de no participar regularmente en las ceremonias no genera tampoco en los pentecostistas una separación entre los 'buenos' practicantes y los otros, como en los católicos. Más aún, Burdick señala que, mientras que el catolicismo se presenta como un 'culto de continuidad', el pentecostismo – como los cultos de posesión afrobrasileños – permite a los que se convierten construirse una nueva identidad por medio de una ruptura radical con la experiencia anterior. Su discurso ofrece, además, recursos psicológicos que ayudan a soportar el sufrimiento moral y la discriminación. En un templo pensado y vivido como 'fuera del mundo', las mujeres evocan sus problemas domésticos de manera concreta sin correr el riesgo de hacer correr rumores, mientras que los círculos católicos se satisfacen con generalidades sobre la unidad de la familia y favorecen la expresión de cotilleos al no separar los terrenos religiosos y no religiosos. Los jóvenes, por su parte, encuentran en el pentecostismo una respuesta a las tensiones que vive una juventud popular afectada por el desempleo y las llamadas al consumo. Y los negros encuentran un discurso que hace depender el valor de un individuo de la calidad de su vida espiritual y no del color de su piel<sup>6</sup>.

Si el discurso de las iglesias contribuyó a consolidar la legitimidad de la denuncia del racismo, la lucha contra la discriminación ha sido principalmente impulsada por el Movimiento negro desde el período de la transición democrática. La afirmación de una identidad afrobrasileña que la acompañó ha favorecido la aparición de nuevos modos de identificación sobre una base étnica en medio urbano, particularmente en las regiones metropolitanas de Río de Janeiro, São Paulo y Salvador da Bahia. Como lo mostró Michel Agier en sus trabajos sobre esta última ciudad (Agier, 2000), esta afirmación de la negritud resulta de un 'bricolaje identitario' que se ha construido a partir de

registros históricos, religiosos y culturales muy diversos. No obstante, es indiscutible que ha ganado suficiente fuerza en el espacio de dos décadas como para poder introducir nuevas formas de diferenciación en el seno de los medios populares. Así, algunos líderes del Movimiento negro incitan a darle la espalda a la sociedad global en nombre de una diferencia 'negra' entendida como diferencia total. Y si generalmente no encuentran un amplio eco, las tensiones que ellos introducen afectan los modos de vida de las poblaciones urbanas desfavorecidas. Así, en las favelas de Río de Janeiro, la animosidad frecuentemente observada entre los descendientes de esclavos y los emigrantes nordestinos, que se han instalado muy recientemente, revela por ejemplo la manera en que la etnicidad puede constituir, en medio popular, una forma de diferenciación tan importante como las diferencias de niveles de renta o de instrucción (Lins, 1997; Alvito, 2001).

### Economía de la droga, criminalidad y violencia interpersonal

Desde el final de los años setenta, la criminalidad violenta aumentó considerablemente en las ciudades brasileñas. Para algunos investigadores, esto es debido principalmente al incremento del tráfico de estupefacientes, al cual se le atribuyen los dos tercios de los homicidios en los medios urbanos de São Paulo y de Río de Janeiro. Para otros, el incremento de la violencia no se explica sólo por el comercio de la droga, sino más bien por los cambios en la sociedad brasileña. Las investigaciones sobre los fenómenos de violencia en Río de Janeiro muestran la diversidad de las perspectivas adoptadas. Si la economía de la droga afecta, a distintos grados, al conjunto de las metrópolis brasileñas, es efectivamente en Río de Janeiro que ha adquirido la mayor visibilidad por la mediatización de que es objeto esta ciudad emblemática de la identidad brasileña.

En sus numerosos trabajos sobre la cuestión, Alba Zaluar afirma que la implantación en profundidad del tráfico de drogas en las favelas cariocas era, a la vez, consecuencia y causa de la desorganización de los medios populares (Zaluar, 1985; 1994; 1996). Según ella, esta desorganización procede de una serie de cambios sociales y culturales que facilitaron el control de estos espacios por los traficantes, los cuales, por su acción, acentuaron a continuación los procesos en curso. Mucho de estos cambios conciernen a las transformaciones socio espaciales anteriormente mencionadas; pero Zaluar los considera como factores que introducen un elevado grado de tensiones entre poblaciones que vivían, hasta hace una veintena de años, cordialmente en torno a grupos de parentesco y de asociaciones locales. La aparición de una cultura joven le parece haber debilitado una sociabilidad popular organizada alrededor del samba, que establecía una continuidad entre las generaciones y permitía una forma de encuentro entre las clases sociales. El desarrollo del pentecostismo provocó también el aumento de los conflictos interreligiosos; en particular, con los practicantes de los cultos afrobrasileños, mientras que la Iglesia Católica había tolerado, más bien que mal, los sincretismos. La identificación de numerosos jóvenes con la figura del esclavo rebelde Zumbi expresaría igualmente una interpretación bélica de la herencia africana en la cultura popular, lo que habría implicado nuevas formas de tensiones debidas a la etnicización de las diferencias del color de la piel. Ahora bien, esta conflictualidad, según analiza Zaluar, minó la cohesión de los vínculos sociales en las familias y los grupos de vecindad. El debilitamiento del control social, que de ello resultó, explicaría la disponibilidad de numerosos jóvenes para entrar en las bandas de malhechores que se disputan el tráfico de drogas. Un tráfico cuya



organización, por lo demás, ha cambiado con el aumento del comercio de la cocaína y la difusión de las armas de fuego. Las perspectivas de ganancias ofrecidas por este tipo de delincuencia y el culto viril de las armas debilitaron o incluso cancelaron entonces la autoridad de la que gozaban los profesores, los religiosos y los dirigentes asociativos. La vida social de los medios populares se encuentra, desde entonces, ampliamente bajo el control de los traficantes. De ahí que éstos impongan normas de frecuentación y desplazamiento (como, por ejemplo, con períodos de toque de queda o la prohibición de las visitas de personas que residen en zonas controladas por grupos rivales) y arbitran, frecuentemente de manera violenta, los desacuerdos entre vecinos o entre padres.

La influencia de los traficantes de droga sobre los espacios desfavorecidos ha también cambiado profundamente las formas de la acción política y de la intervención social en los medios populares. En una investigación etnográfica sobre la favela de Acari, Marcos Alvito analizó las lógicas de constitución de las asociaciones de habitantes y mostró cómo la creciente presencia de los traficantes modificaba sus modos de relación con la esfera pública (Alvito, 2001). Mientras que estas organizaciones lucharon, hasta mediados de los años sesenta, por la regularización del uso del suelo y la urbanización del emplazamiento, los traficantes las desviaron de estos objetivos. Recurriendo a la intimidación, las transformaron en instrumentos de promoción de su poder sobre la vida local, organizando y financiando fiestas o movilizándolo regularmente a la población contra las incursiones de la policía. Estas asociaciones ya no son pues, como antes, vectores de integración de los pobres a la esfera pública, aunque sólo fuese en un marco populista y clientelista, sino que ahora dificultan, por el contrario, sus relaciones con los protagonistas políticos. Las organizaciones no gubernamentales tampoco pueden evitar estas dificultades. La antropóloga Clara Mafra ha mostrado cómo éstas sólo podían trabajar si tomaban en cuenta la importancia de los traficantes en el sistema de poder local (Mafra, 1998). Sin embargo, en la relación de las asociaciones locales y de las organizaciones no gubernamentales con las bandas de malhechores vinculados a la economía de la droga, Mafra distingue tres tendencias. Algunas de ellas intentan evitar a todo precio el contacto con los traficantes y se dedican a crear mecanismos para impedir la reproducción de los valores de honor y de fuerza. Otras, al proponer un ideal comunitario basado en la idea de participación, no temen competir con ellos para disputarles la dirección de las asociaciones de habitantes; pero sin por ello lograr alcanzar los estratos sociales más desamparados de la población local, los más expuestos a las tentaciones de la delincuencia. Finalmente, las iglesias pentecostistas creen luchar contra la influencia de los grupos criminales proponiendo una vida alternativa a los delincuentes mediante la conversión, incluso olvidando los crímenes que cometieron antes.

Pero la desorganización, de la que procede la violencia criminal, es también, como lo recuerda Angelina Peralva, la misma que la de las instituciones encargadas del mantenimiento del orden (Peralva, 2001). La concomitancia de la agravación de la delincuencia violenta y de la transición democrática retrasó, en particular, la puesta en marcha de políticas pragmáticas de seguridad pública. Durante los últimos años del régimen autoritario, los militares perdieron progresivamente el control de las fuerzas de policía, lo que, entre otras consecuencias, produjo el aumento de la colusión entre criminales y policías, que las autoridades públicas no llegaron siempre a deshacer. Y tanto más que, para las fuerzas políticas surgidas de la oposición a la dictadura, la respuesta al aumento de la violencia parecía depender, hasta un reciente

pasado, de la mejora de las condiciones de vida de los más desfavorecidos y no de una reforma de la policía. El resultado es una imagen deplorable de la institución policial en los medios populares. En las favelas cariocas, la exasperación suscitada por las brutalidades y las prácticas de extorsión de la policía es tal hoy que sus habitantes temen más a los policías que a los propios traficantes, puesto que, por temidos que éstos sean, son a menudo niños del entorno que respetan mucho más las normas de la sociabilidad local, además de prohibir la pequeña delincuencia y proporcionar ayudas materiales a los habitantes necesitados.

Ahora bien, la importancia que los pobres de las ciudades dan a la calidad de la sociabilidad interpersonal no aparece generalmente en los trabajos sobre los fenómenos de violencia en el Brasil contemporáneo. La mayor parte de la literatura se dedica efectivamente a dar cuenta del desarrollo de la criminalidad y la persistencia de las violencias policiales desde el final del régimen militar. En cambio, muy pocas investigaciones se interesan en la violencia interpersonal en la vecindad y en los espacios públicos. Todo se pasa como si la vuelta a la democracia representara una ruptura fundamental con las formas de la violencia en Brasil. De ahí que la violencia es generalmente interpretada como el resultado de la incapacidad de las autoridades a evitar la degradación de las relaciones sociales. Esta lectura tiene ciertamente su fundamento, puesto que las insuficiencias de la acción pública en este tema no pueden ser ocultadas; pero subestima la anterioridad de la violencia en las relaciones sociales, pese a que la investigación histórica ha producido una excelente documentación al respecto. Y aquí encontramos sin duda este galimatías de los sociólogos que creen a menudo ser contemporáneos de cambios sin precedente (Martuccelli, 1999:13). En una obra de gran calidad, desgraciadamente pasada prácticamente inadvertida en la investigación sobre Brasil, el antropólogo Daniel Touro Linger analiza las peleas que se producen frecuentemente durante el carnaval y en el curso de interacciones ordinarias en São Luís do Maranhão, una ciudad del Nordeste, una ciudad poco conocida como teatro de escenas de violencia (Linger, 1992). Tauro muestra particularmente como estos conflictos, con consecuencias a veces fatales, poseen una dimensión cultural que sólo puede explicarse tomando en consideración la manera en que se constituyeron históricamente las relaciones sociales en Brasil. Ya que la gran virulencia que puede apoderarse de las interacciones diarias en los medios populares procede, según Linger, de la gran sensibilidad de los pobres hacia comportamientos que los anulan simbólicamente y que ponen en entredicho su dignidad como seres humanos. Entonces, la violencia ordinaria corresponde frecuentemente a la necesidad de borrar lo que se vive como una humillación.

## LA ACCION POLITICA EN LA CIUDAD

A pesar de la importancia adquirida por el tema de la violencia en los estudios sobre las ciudades de América Latina, el imaginario de los movimientos sociales urbanos sigue marcando los debates sobre las formas de la acción política. Aunque son pocos los investigadores que esperan hoy una transformación radical de la sociedad como resultado de la movilización de los habitantes desfavorecidos de las ciudades, muchos de ellos destacan, en cambio, las transformaciones producidas por la participación de los pobres de las ciudades en el proceso político. En una obra colectiva coordinada por Sonia E. Alvarez, Evelina Dagnino y Arturo Escobar (Alvarez, Dagnino & Escobar, 1998), los autores afirman que, aunque los movimientos sociales urbanos no

hayan colmado las esperanzas que se habían puesto en ellos en los años setenta, sin embargo su aparición implicó cambios importantes en la cultura política, permitiendo un mayor acceso a la ciudadanía de los medios populares por la difusión del lenguaje de los derechos y la creación de mecanismos institucionales de participación. Por eso, aunque en los años 1970 y 1980 era la oposición entre el Estado y la sociedad civil la que organizaba el pensamiento sociológico latinoamericano, esta perspectiva reconoce la complejidad de las relaciones entre las instituciones y los protagonistas sociales, y, de una manera más general, el hecho de que no tiene ningún sentido pensar que el Estado y la sociedad puedan existir independientemente uno del otro. Eso explica ampliamente el por qué la intervención de los protagonistas exteriores a los medios populares (particularmente las organizaciones gubernamentales) ya no es analizada como un factor susceptible de desvirtuar la autenticidad de las demandas sociales expresadas por los que se encuentran en la parte baja de la escalera social. Del mismo modo, la creación de instituciones destinadas a permitir la expresión de organizaciones de base es hoy vista como una necesidad para atenuar el carácter errático de los movimientos reivindicativos y garantizar la distribución más equitativa de los recursos destinados a la intervención social. Y es así que, contrariamente al discurso sobre la participación autónoma y antagónica de los movimientos reivindicativos, esta literatura consagra también el papel principal del Estado en la integración democrática de los más desfavorecidos.

Esta aceptación de la complejidad de las relaciones entre el Estado y la sociedad muestra, en muchos aspectos, la presencia de un nuevo sentido de la matización en los trabajos sobre la relación de los pobres de las ciudades con lo político. Como lo observa justamente Jon Shefner (Shefner, 2000), los debates sobre la participación política de los pobres en América Latina tienden a organizarse en torno a una dicotomía. Bajo distintas formas, la mayoría de los autores acaban destacando ya sea la fuerza y la persistencia de prácticas de cooptación y clientelismo o bien la autonomía de las organizaciones y de las movilizaciones populares. Ahora bien, Shefner muestra, a partir de una investigación sobre un barrio pobre de Guadalajara, en México, la manera en que varía el sentido de la acción de las organizaciones locales según el contexto político y económico, y no puede, por consiguiente, analizarse de manera unívoca. El marco del barrio sigue siendo, en efecto, el marco privilegiado de la movilización política de los pobres de las ciudades en América Latina. Y es también a partir de éste que pueden ser planteadas cuestiones esenciales sobre el clientelismo y los dispositivos de promoción de la participación popular.

¿Se puede hablar de clientelismo en los medios urbanos?

En América Latina, el comportamiento político de los pobres de las ciudades es a menudo explicado a través del clientelismo; aunque a estos últimos no se les presente siempre como completamente pasivo y dependientes de empresarios políticos pertenecientes a las capas sociales favorecidas. Pero, en una parte importante de la literatura (Ray, 1969; Cornelius 1975; Cuello 1976; Nelson 1979; Diniz 1982; Gay 1990), predomina la idea de que su participación política está controlada estrechamente por el Estado y los aparatos políticos. Sin embargo, trabajos recientes sugieren otras lecturas del comportamiento político de los medios populares. En esto aún, el ejemplo de Brasil nos proporciona una buena ilustración de la renovación de los análisis sobre la relación con lo político de los pobres de las ciudades.

En Brasil, la mayoría de los candidatos utilizan efectivamente organizadores de campañas electorales (los *cabos eleitorais*) para distribuir bienes de diferente tipo (medicamentos, bolsos de cemento, ladrillos, colchón, T-shirts, gorras, etc.) a los electores de los medios populares. A éstos, los cargos electos dedican también una parte importante de su actividad política para ayudarlos a llevar adelante sus gestiones en las administraciones. Los que ya ocupan un mandato electivo desempeñan generalmente el papel de intermediarios entre las comunidades, donde tienen sus feudos electorales, y las autoridades públicas. En una investigación sobre una familia de cargos electos de un suburbio de la aglomeración de Río de Janeiro, Karina Kuschnir describe así el paciente trabajo de implantación del padre, desde los años 1950, y el mantenimiento continuo de su influencia electoral a través de su hija, elegida concejal en las elecciones de 1992 y 1996 (Kuschnir, 2000). Esta influencia política pasa, en particular, por un conocimiento preciso del electorado local: un banco de datos informático clasifica a más de 23 000 habitantes en 'simpatizantes', 'colaboradores', 'voluntarios' o 'contactos', y permite una organización racionalizada de las campañas electorales, durante las cuales se organiza un centenar de reuniones en los tres meses que preceden al día del escrutinio. Pero la influencia electoral de esta familia depende también a su contacto constante con los habitantes del lugar por intermedio de los consejeros del cargo electo y de agentes locales que hacen llegar las solicitudes individuales y colectivas a su gabinete; puesto que es en su capacidad para abrir el acceso a las administraciones que reside su legitimidad política.

No obstante, ¿Se puede hablar de clientelismo a propósito de estas prácticas? Esta cuestión es hoy objeto de un debate en los trabajos sobre el voto en medio popular. Se evocarán tres análisis diferentes basados en investigaciones de terreno y que no se excluyen, sin embargo, el uno al otro. Ya que más allá de las diferencias de interpretación de estas formas de transacción política, la mayoría de los autores proponen hoy un enfoque matizado, que se aleja del carácter denunciador que prevaleció durante mucho tiempo sobre este tema<sup>7</sup>. Se está fácilmente de acuerdo sobre el hecho de que no se ve hoy, en las ciudades brasileñas, la relación de clientela que existía antes en los pueblos de provincia, donde se hablaba de 'recintos electorales' (*currais eleitorais*) o de 'voto guiado por las rienda' (*voto de cabresto*) para mencionar el voto masivo de las poblaciones rurales para los candidatos designados por los jefes políticos locales<sup>8</sup>.

Por tanto, no se ha abandonado completamente la idea de una continuidad entre el clientelismo tradicional y los intercambios que se observan hoy entre la mayoría de los candidatos y los electores de los espacios desfavorecidos. A partir de una investigación en dos favelas de Río de Janeiro, Camille Goirand habla de una 'renovación' de las prácticas antiguas, las cuales habrían sido reforzadas incluso por el aumento de la competición política con la vuelta a la democracia (Goirand, 1999). El clientelismo sería entonces un 'método de inserción controlado de las capas populares' y una 'forma de adaptación estratégica de los más pobres a un sistema político y social que les excluye'. Las prácticas clientelistas se habrían pues adaptado a un nuevo contexto caracterizado por el pluralismo político y la competencia entre los candidatos al acecho de clientes. Para Goirand, el clientelismo no debería ser comprendido solamente como un obstáculo al establecimiento de la democracia, puesto que, de una parte, constituiría un vector de la politización del electorado popular por el acostumbramiento al voto, y que, de otra parte, volvería aceptable la representación democrática por las élites, permi-

tiendo, al mismo tiempo, la satisfacción parcial de las demandas de los más desfavorecidos.

No puede negarse que, con la urbanización y el restablecimiento de los procedimientos democráticos, no han desaparecido las transacciones entre candidatos y electores basadas en el intercambio de bienes o servicios contra un voto. Basta, para convencerse, con observar con un poco de atención el desarrollo de las campañas electorales en los barrios populares y las explicaciones dadas por numerosos habitantes para justificar su opción electoral. Pero siempre puede uno preguntarse si este tipo de relaciones no difiere radicalmente de esto que existía en el mundo rural y si no se acerca finalmente a esto que se observa en los países con tradición democrática desde hace mucho tiempo. Es lo que sugiere Karina Kuschnir, al término de su investigación sobre una familia de cargos electos del suburbio de Río, cuando se pregunta si el enjuiciamiento comúnmente despreciativo de estas prácticas políticas no proviene finalmente de que se toma por norma un modelo ideal que ningún país del mundo realiza verdaderamente (Kuschnir, 2000a). Por eso, más que ver en el 'clientelismo urbano' el índice de un retraso en el desarrollo político o la señal patente de una modernización social inacabada, esto nos invita a 'relativizar' los aspectos negativos, y a ver más bien en ello una faceta – ciertamente cuestionable – de la figura concreta de la práctica de la democracia en el Brasil urbano contemporáneo, puesto que la importancia concedida por los pobres de las ciudades a las mediaciones que se obtienen a través de los cargos electos es también lo que les conecta y les hace participar en la sociedad global.

Sin negar la importancia de estas prácticas que sirven para la obtención de los sufragios, un tercer enfoque hace hincapié en el debilitamiento considerable de su eficacia. El análisis de los resultados electorales pone de manifiesto, en efecto, que hay candidatos que recurren a estos procedimientos que son regularmente batidos, mientras que otros benefician de un voto importante en los medios populares sin recurrir a este tipo de transacciones. En una investigación sobre una favela urbanizada de Recife, Dominique Vidal puso de relieve seis factores que contribuyen a disminuir el alcance de prácticas clientelistas que eran antes eficaces para la recogida de sufragios (Vidal, 1998). El primero, el descrédito del personal político afecta directamente a la interpretación de las transacciones entre candidatos y electores, los que ven en ello de más en más un timo. El segundo, la abundancia de ofertas de transacción, ha aumentado las posibilidades de recibir un bien de un candidato. Muchos electores se dirigen pues a varios de ellos, en una lógica puramente instrumental que no tiene ya nada que ver con el carácter emocional que podía revestir la relación patrón-cliente en el mundo rural. El tercero, la imposibilidad de controlar la honradez electoral hace que ningún candidato puede estar seguro de recibir un sufragio como contrapartida de una intervención en favor de un elector. El cuarto, la multiplicación de los protagonistas políticos en un contexto de descentralización administrativa provoca la diseminación de los intermediarios y el debilitamiento de las máquinas políticas construidas bajo el autoritarismo. Las redes de influencia electoral no pueden, en efecto, ser hoy mantenidas tan fácilmente; al contrario, los cargos electos deben negociar permanentemente las formas de asignación de los recursos con el poder ejecutivo. El quinto, el aumento del costo de las prácticas clientelistas pone de relieve el aumento considerable de los gastos electorales provocado, por una parte, por la competencia entre candidatos y, por otra parte, por las solicitudes de los electores que piden cada vez menos materiales de construcción y cada vez más becas de estudios y empleos,

bienes mucho más costosos y más raros. El sexto, finalmente, se refiere a los derechos constitutivos del estatuto del ciudadano, lo que induce a un número creciente de electores a rechazar las transacciones clientelares porque la elección electoral no debe depender de subvenciones o de la mediación del candidato. Para estos pobres de Recife, recibir un bien en época de elecciones o solicitar la ayuda de un cargo electo para una gestión administrativa forma parte de una posibilidad entre muchas otras de hacer frente a una dificultad. Si muchos, a un momento u otro, han recurrido a ello, su pago por un sufragio no tiene nada de automático. El voto para un candidato depende en realidad de su capacidad para suscitar una de las formas de identificación, anteriormente mencionadas, más que de los bienes distribuidos en época de elecciones. Los juicios cínicos y divertidos sobre estos 'políticos que engañan', y a los que uno también engaña al no remunerar la subvención obtenida por un voto, prueban el carácter de más en más anacrónico de estas prácticas que constituyen, no obstante, el ordinario de las campañas electorales en los medios populares.

Al restaurar la importancia de las elecciones en la vida política, el retorno a un régimen civil en Brasil ha incitado a un número creciente de investigadores a estudiar el desarrollo de las elecciones con una perspectiva etnográfica. La heterogeneidad de las poblaciones urbanas desfavorecidas y el fuerte descrédito de los cargos electos dificultan hoy enormemente la movilización electoral de los medios populares. Para ganar sus sufragios, los candidatos deben utilizar estrategias de recogida de votos que tengan en cuenta la diversidad de las identidades sociales a nivel local y superen el desafecto hacia el personal político. Son en las elecciones para el consejo municipal y para las asambleas legislativas de los Estados federados que estos mecanismos de movilización electoral aparecen en toda su amplitud y deciden el resultado del escrutinio. Contrariamente a los candidatos para el ayuntamiento, designados por un escrutinio mayoritario y generalmente bien identificados, los aspirantes a un escaño en estas asambleas deben antes hacerse conocer para esperar conquistar bastantes sufragios y así poder ser elegidos. Es la búsqueda de este objetivo, en un universo dominado por la escasa legibilidad de la competición política, lo que da su forma a las campañas electorales en las ciudades brasileñas. Ya que las campañas electorales representan en Brasil el modo principal de puesta en relación de la esfera política con los habitantes de los espacios pobres. Durante esas semanas, que estos últimos llaman comúnmente 'el tiempo de la política', los candidatos pretenden tejer o reactivar vínculos con los electores a través de todo un conjunto de símbolos y prácticas que modifica la vida cotidiana en los barrios populares. Sus estrategias de recogida de sufragios obedecen a lógicas que se dedican a rastrear en los distintos segmentos de lo social y de su representación.

En una investigación sobre los concejales (*vereadores*) de Río de Janeiro, y considerando la distribución geográfica del voto y el tipo de campaña adoptado (Kuschnir, 2000b), Karina Kuschnir distinguió tres grandes categorías de cargos electos. Sobre los cuarenta y dos cargos electos en la comisión de gobierno, en 1992, dieciséis habían recogido entre 50% y un 90% de sus votos en una o dos circunscripciones situadas esencialmente en las zonas septentrionales y occidentales donde residen una gran parte del electorado popular. Calificados por sus pares de *vereadores* 'comunitarios' o de 'de circunscripción', realizan campañas que intentan crear 'una relación de complicidad entre el candidato y el elector'. A tal efecto, se prevalecen de un origen y/o de un lugar de residencia comunes que les permite "comprender" mejor



que nadie las dificultades de la población local y hacen resaltar sus 'obras sociales' para aportar una solución. Una segunda categoría de *vereadores*, de la misma importancia numérica, obtuvo sufragios más o menos igualmente repartidos sobre el conjunto del municipio. También se proponen suscitar la identificación de los electores hacia su persona, pero sobre la base, esta vez, de su pertenencia a un mismo grupo profesional, étnico o religioso. Se presentan entonces como los candidatos de los 'empleados de banca', de los 'negros' o de los 'evangélicos' y, además de sus realizaciones en materia de acción social, ponen de relieve proyectos de leyes que defienden los intereses del grupo. Una tercera categoría, de una decena de consejeros municipales, a quienes sus colegas llaman los *vereadores* 'ideológicos' recibió esencialmente los votos de los barrios residenciales de la zona meridional y el Tijuca. En vez de reclamarse de un barrio o de una categoría social, éstos incitan a la defensa de la 'ciudad' o a valores como la 'justicia', la 'ciudadanía' y la 'ética', y hacen hincapié en el significado político del mandato. Es a este título que, contrariamente a los otros cargos electos, rechazan las prácticas de asistencia y de distribución de bienes en período electoral.

El desarrollo de las candidaturas femeninas desde la transición democrática suscitó también la aparición de nuevas formas de identificación electoral basadas en el género que tienen las ciudades como principales escenarios. Irlys Barreira ha mostrado muy bien la complejidad de esta faceta en sus investigaciones sobre las elecciones municipales en Fortaleza, Maceió y Natal en el Nordeste del país (Barreira, 1998). Las campañas electorales de las mujeres se apoyan, en efecto, sobre dos registros distintos, que no dejan de implicar paradojas: pretenden ser una ruptura con las prácticas políticas antiguas en base a aptitudes asociadas a la femineidad, como la transparencia y la integridad, al mismo tiempo que toman prestados algunos símbolos de la fuerza viril para superar el prejuicio que se refiere a su capacidad política. Producida al día siguiente del final del autoritarismo y en una coyuntura política que tenía el cambio para emblema, la elección de la candidata del Partido de los trabajadores (PT), Maria Luíza Fontenele, al ayuntamiento de Fortaleza, en 1985, se apoyó, por ejemplo, a la vez en la idea de la renovación que se le atribuía y en una imagen de determinación ganada en su participación en las luchas populares. Ciertamente existen, como lo analiza detenidamente Barreira, varios tipos de candidaturas femeninas según la orientación política, el origen social y la trayectoria de las candidatas. Pero es también cierto que la creciente presencia de mujeres en la escena electoral define un nuevo espacio político que va mucho más allá de la reivindicación feminista. Puesto que si sus discursos van dirigidos a menudo a las mujeres, en nombre de una común identidad de género, no se reducen nunca a esto. La elección de mujeres para gobernar varias grandes metrópolis estos quince últimos años pone indudablemente de relieve la aparición de una representación más igualitaria de las relaciones sociales de sexo.

Cualquiera que sea el tipo de identificación buscado por un candidato, la recogida de los sufragios de los pobres de las ciudades no es realmente posible sin realizar campaña en los lugares donde éstos residen (Diniz, 1982; Caldeira, 1984; Vidal, 1998; Kuschner, 2000a). Los candidatos se apoyan para esta operación en organizadores de campañas electorales, los *cabos eleitorais*, los intermediarios bien conocidos de la política brasileña. Son ellos quienes hacen entrar lo político en los barrios populares y en las favelas organizando la difusión de la propaganda electoral y las visitas de sus candidatos. Pero, la importancia del *cabo eleitoral* depende sobre todo de su capacidad para recoger los votos en el seno de una población diferenciada y con distintos

intereses. Aunque éste insista frecuentemente en el interés de la comunidad, se dedica más bien a convencer a uno por uno a los electores que a suscitar su adhesión colectiva a un proyecto político. Al corriente de los problemas de cada uno, les explica, mediante una argumentación personalizada, porqué su candidato es el único que se los puede solucionar una vez elegido, recordándoles sus últimas realizaciones que certifican que es de los políticos que 'hacen' y no de los que 'engañan'. Formando parte de las mismas redes sociales que los electores, *el cabo eleitoral* se esfuerza en convencerles de vota, por el candidato al cual sirve, en nombre precisamente de su participación común a estos distintos grupos. Ya sea un religioso pidiendo a su fieles votar por un candidato conforme a lo que prescribe el culto, una personalidad de la vida deportiva o cultural local, un comerciante o un dirigente asociativo, su eficacia en la movilización electoral varía ampliamente según su influencia sobre la población. Si algunos sólo consiguen algunos votos, otros consiguen muchos sufragios. Su compromiso es pocas veces desinteresado. Si algunos *cabos eleitorais* se ponen al servicio de un candidato por convicción política, por amistad o por reconocimiento por un servicio prestado, la mayoría lo hacen para ser remunerados materialmente. El monto de la remuneración varía según los recursos de los candidatos y las responsabilidades en la campaña, y va de una suma calculada sobre la base del salario mínimo hasta gratificaciones sustanciales, o incluso un empleo en el gabinete del cargo electo o en una empresa o una administración en donde éste tiene alguna influencia.

Los dirigentes asociativos desempeñan un papel principal en la recogida de los sufragios. Raros son los que no sirven de *cabos eleitorais* en época de elecciones. Su papel de intermediario entre los sistemas administrativos y la población los colocan lógicamente en una posición que favorece la puesta en relación entre candidatos y electores. Generalmente bien remunerados por esta actividad, no obstante ponen de relieve la necesidad de desempeñar este papel para defender los intereses de la comunidad, recordando que el acceso a las administraciones requiere de poder contar con un cargo electo. Aunque también es muy frecuente que los dirigentes asociativos no se conforman con este papel de intermediario y deciden presentarse para los cargos electos del consejo municipal. Si raramente son elegidos, debido a lo reducido de sus bases, ejercen no obstante una función de abastecedores de sufragios, permitiendo así a la formación que representan de aumentar su cociente electoral y, por lo tanto, disponer de más cargos electos.

Nos equivocariamos sin embargo si sólo viéramos en la proliferación de estas candidaturas más que el resultado de una estrategia de los partidos para recoger un mayor número de votos en los medios populares. Muestra más bien la conjunción de dos realidades centrales en la política local en Brasil: la permanencia del lugar de residencia como principal lugar de la movilización electoral de los pobres de las ciudades, y la importancia adquirida por el barrio como espacio de socialización y aprendizaje políticos para un número creciente de candidatos provenientes de los sectores populares.

#### De la participación autónoma en una organización de la participación

En América Latina, el desarrollo de las asociaciones de barrio ha sido, durante estos últimos veinticinco años, una respuesta a la incapacidad de los partidos de representar eficazmente la diversidad de los intereses sociales. La idea más comúnmente difundida a su propósito es que la participación asociativa acercaría los ciudadanos de la esfera política; que despertaría su interés

por la cosa pública a partir de cuestiones que les conciernen directamente, y les permitiría, además, participar en el Gobierno desde la base de la sociedad, desde dónde tendrían una mejor inteligibilidad de su funcionamiento. Frecuentemente inspiradas en las experiencias, francesa y española, las políticas de descentralización han pretendido promover este ideal participativo al calor del restablecimiento de los procedimientos democráticos. Tanto más que las movilizaciones de las poblaciones urbanas desfavorecidas, en torno a las asociaciones de habitantes de los espacios desheredados, habían suscitado grandes esperanzas, durante la transición a la democracia, en las filas de la oposición al régimen militar. Por primera vez, los sectores populares aparecían dotados de autonomía y con una capacidad de organización propia que los permitía escapar de la tutela de las élites, del clientelismo o a la manipulación populista. La participación autónoma de los medios populares organizados en asociaciones locales debía, desde este punto de vista, favorecer la realización del proyecto democrático. Pero, ya se trate de su funcionamiento a menudo poco democrático, de las relaciones ambivalentes que mantienen con los partidos y las autoridades públicas o de no tomar en consideración el interés general, los límites de las asociaciones para convertirse en los motores de una transformación política son cada vez más evidentes.

El debilitamiento de las identificaciones territoriales es uno de estos límites, que por lo demás también se encuentra en un país como Francia, en donde, para decir las cosas muy esquemáticamente, la desindustrialización y el proceso de deterritorialización de las relaciones sociales implicaron la desaparición del barrio trabajador: con sus solidaridades locales, su método de vida, su identidad colectiva simplemente. En Brasil, el debilitamiento del sentimiento de pertenencia a un conjunto común ha sido observado también, bajo registros diferentes, en numerosos trabajos sobre los espacios ocupados por los pobres de las ciudades. Y ello, en particular, por la identificación creciente de los jóvenes a los modelos de la sociedad global que han puesto fin a formas de cultura popular que garantizaban una continuidad intergeneracional. Como se ve, la cuestión que se plantea es la de saber hasta qué punto el microlocal (barrio, ciudad, gran conjunto, conjunto habitacional, favela, etc.) puede constituir un marco pertinente para garantizar la representación política de las poblaciones urbanas desfavorecidas y pesar sobre sus condiciones de vida. Eso cuando la unidad sociológica de estos espacios es de más en más improbable y que las dinámicas socioeconómicas que los afectan tienen un origen y un alcance que excede a menudo el marco de la ciudad o de la aglomeración. Ahora bien, por diferentes que sean la naturaleza de los espacios en cuestión y los modos de intervención públicos en los dos países, la experiencia brasileña muestra, mucho más claramente que se lo percibe comúnmente en Francia, como las políticas territorializadas basadas en asociaciones pueden contrariar el objetivo de integración sociopolítico buscado. Por deseable que sea, la participación asociativa a nivel local no constituye una panacea a la ausencia de políticas de gran amplitud, ni puede sustituir las formas clásicas de ejercicio de la ciudadanía. Es lo que pone de relieve Renato Boschi en un artículo, sobre las políticas de descentralización y participación popular en Belo Horizonte y en El Salvador, en el que muestra como estas formas de gestión de la intervención social, si no son puestas en práctica con una reflexión profunda sobre las relaciones entre el Estado y la sociedad civil, "pueden conducir a constituir un mecanismo selectivo para dar a los ricos las políticas y a los pobres el trabajo comunitario (*mutirão*)". Es decir: "el poder al que puede, y la participación al que no puede".

La experiencia del presupuesto participativo de Porto Alegre, capital de Río Grande do Sul, suscitó un inmenso interés, inclusive más allá de las fronteras de América Latina. Puesta en práctica poco después de la llegada del Partido de los trabajadores (PT) a la cabeza del municipio en 1988, este conjunto de procedimientos ha sido adoptado bajo distintas formas, y a veces bastante distantes del modelo inicial, por cerca de setenta municipios brasileños y sirve hoy de referencia a dispositivos de promoción de la participación de los habitantes en la política municipal en un número creciente de ciudades latinoamericanas y europeas. Su éxito es debido, en gran parte, a la política de comunicación del ayuntamiento de Porto Alegre, que la convirtió en uno de sus estandartes, y a la visibilidad que le ha dado la celebración, en esta ciudad, del Foro Social Mundial cada año desde 2001. No obstante, está claro que el presupuesto participativo de Porto Alegre representa también, para numerosos observadores, la posibilidad de una democracia participativa capaz de superar los límites de la representación política, la que no llega hoy a encarnar la diversidad de las demandas sociales y a fomentar el ejercicio de la ciudadanía. El presupuesto participativo constituye, por otra parte, una respuesta institucional a la incapacidad de los movimientos reivindicativos a participar de manera autónoma en el proceso político. Al dar un marco institucional a la participación, los poderes públicos se proponen estimularla y permitir su perpetuación, más bien que estar obligados a responder ininterrumpidamente a acciones reivindicativas realizadas por organizaciones de base. Es pues el imaginario de los movimientos sociales urbanos el que se encuentra, en parte, en este nuevo tipo de instituciones.

El dispositivo del presupuesto participativo de Porto Alegre ha sido ampliamente presentado en numerosas obras<sup>9</sup>. Por eso nos limitaremos a recordar aquí las grandes características para apreciar mejor la novedad que representa en la política municipal y las críticas que le fueron dirigidas. El Presupuesto participativo asocia, en primer lugar, el ayuntamiento y sus administraciones (el ejecutivo), el consejo municipal (el legislativo) y la población de la ciudad (lo que se ha convenido en llamar la 'sociedad civil') a través de un conjunto de procedimientos que asocian tres escalas de reunión y de decisión: la escala microlocal, que corresponde aproximadamente a los distintos barrios de la ciudad; la escala de las regiones, que remiten a conjuntos territoriales y administrativos más amplios; el nivel municipal, en torno al Consejo del presupuesto participativo, que reúne delegados de las distintas regiones y de seis asambleas temáticas. Un conjunto de reuniones que van de marzo a diciembre permite definir las distintas solicitudes, de discutir las a cada nivel y, al final, al Consejo del presupuesto participativo de elaborar una propuesta de presupuesto, que es discutida a continuación y votada por el consejo municipal. La instauración de estos canales de participación permitió participar a un número cada vez mayor de habitantes de Porto Alegre en la elaboración del presupuesto de la ciudad. Esta participación es, ciertamente, aún limitada (entre 1,5% y un 6% de los adultos, según los cálculos, participaron por lo menos en una reunión) y concierne, sobre todo, a individuos que tienen una situación social estable y un nivel de instrucción más elevado que la media. Pero se nota, no obstante, una presencia de más en más importante de miembros de las capas populares, y, en particular, de mujeres y jóvenes.

Aún insistiendo en su originalidad y su papel en el ejercicio de la ciudadanía por los medios populares, numerosos autores destacan también los límites del presupuesto participativo de Porto Alegre (De Avila, 2000; Dias, 2000; Gret & Sintomer, 2002). La participación no concierne aún más que a

una fracción reducida de la población de la ciudad, sus habitantes más desamparados no tienen a menudo ni tiempo ni los recursos culturales para comprometerse en el proceso. La deliberación sólo tiene verdaderamente lugar en reuniones que agrupan un número reducido de participantes. Los Plenos tienden a funcionar como cámaras de registro de decisiones previamente adoptadas, y los delegados monopolizan a menudo la palabra. El riesgo, por lo demás, de que estos delegados se separen progresivamente de las poblaciones de las cuales ellos deberían defender sus intereses no está excluido. Generalmente mucho más integrados socialmente y mejor dotados en capital escolar que los que los designan, estos delegados podrían, a largo plazo, constituirse de hecho en un grupo distinto y especializado en el dispositivo. Un punto importante del debate, sobre la contribución del presupuesto participativo a la profundización de la democracia, se refiere también al lugar que toma en el funcionamiento político municipal. Si uno de sus objetivos es hacer fracasar las relaciones de clientela que existen entre los concejales y los habitantes, también es ampliamente utilizado por el ejecutivo para ejercer presión sobre el consejo municipal y obtener el apoyo de sus cargos electos. Para Marcia Dias (2000), la autonomía del presupuesto participativo sigue siendo precaria, y, cerca de diez años después de su instauración, y sea el que sea su éxito en los medios de comunicación y en la población, éste sigue siendo aún básicamente una instancia consultiva del poder ejecutivo, que conserva la prerrogativa decidir el presupuesto de manera autónoma. Paulo de Avila (2000) va más lejos aún, manteniendo que si el presupuesto participativo de Porto Alegre representa indiscutiblemente un avance en la extensión del ejercicio de la ciudadanía, posee sin embargo características clientelistas, que permiten al Partido de los trabajadores obtener un apoyo político en contrapartida de la distribución de recursos políticos. De otra parte, son estos límites los que destacan en los trabajos sobre los presupuestos participativos de otras ciudades brasileñas. Con respecto al de Recife, Brian Wampler muestra cómo el ejecutivo guarda el control del conjunto del dispositivo por el temor de los concejales y los delegados de ver sus solicitudes rechazadas si aparecen como opositores al equipo municipal (Wampler, 1999). Y concluye resaltando que los mecanismos participativos pueden, en definitiva, contribuir tanto a la profundización que a la restricción de la democracia.

\* \* \*

El agotamiento del paradigma de los movimientos sociales urbanos como manera de escribir la ciudad latinoamericana refleja, en muchos aspectos, el final del imaginario sociopolítico de los años de la transición del autoritarismo a la democracia. Contrariamente a lo que mucho esperaban, el restablecimiento de los procedimientos democráticos y la adopción de nuevos mecanismos institucionales no desembocaron ni en una mejora sustancial de las condiciones de vida de los medios populares ni en su plena participación en el proceso político. Algunos indicadores sociales revelan, es cierto, un mejor acceso de las poblaciones urbanas desfavorecidas a los servicios y la mayor consideración de sus solicitudes gracias a la instauración de los presupuestos participativos. No obstante, las ciudades brasileñas aparecen más que nunca dominadas por múltiples formas de desorganización. No es pues sorprendente que la literatura producida durante la última década haga hincapié en el rompimiento del tejido urbano y la incapacidad de las ciudades a garantizar la integración de sus habitantes en un conjunto común.

Con todo, por importante que haya sido la amplitud de las desilusiones que acompañaron la vuelta a la democracia, el declive del populismo y del miserabilísimo en la investigación urbana sobre América Latina introduce un cambio importante, cuyo alcance sólo podrá ser apreciado dentro de un cierto tiempo. Un número creciente de investigadores ha renunciado a las facilidades de la ideología, intentado apoyar sus análisis en investigaciones empíricas rigurosas. Dan prueba de ello muchos de los trabajos sobre Brasil anteriormente citados. Una serie de estudios, sobre la aparición de nuevas formas de pobreza, la transformación de las identidades sociales y los cambios de la relación con lo político en la Argentina contemporánea, van también en esta dirección (Martuccelli & Swampa, 1997; Swampa, 2000; Merklen, 2002). No obstante, la cuestión de lo político no ha desaparecido de las preocupaciones, pero esta no toma ya la forma de una interrogación sobre la coyuntura y las perspectivas que ofrece el momento. La relación con lo político de los medios populares no parece poder ser comprendida sin -sobre todo- un análisis fino del sentido que dan a su experiencia de la vida en ciudad.

Es también por esto que quizá se vislumbra poco una nueva manera de escribir sobre las ciudades de América Latina. Una escritura menos interesada en la producción de un discurso abstracto sobre el horizonte político, más sensible a la especificidad de los terrenos y los contextos. Es también así, con una escritura más atenta a la realidad de los hechos sociales, que las investigaciones producidas sobre la ciudad en América Latina podrán ponerse provechosamente al servicio de trabajos comparativos de alcance más general<sup>10</sup>.

Febrero de 2003

## NOTAS

- 1 Sobre la marginalidad, como método de designación de los fenómenos de diferenciación social y espacial en las ciudades de América Latina, se leerá a Fassin (1996).
- 2 Entre los numerosos trabajos disponibles, se puede así referirse Schneier y Sigal (1980), Slater (1985), Burgwal (1990), Walton (1998).
- 3 En un artículo crítico, Manuel Castells, el sociólogo que más ha influido en los debates sobre los movimientos sociales urbanos en América Latina ha escrito que "los movimientos sociales urbanos tuvieron más éxitos como construcción teórica que como práctica social" (Castells, 1994: 58).
- 4 Sobre el tema de la fragmentación de la ciudad en América Latina y Brasil véase Prévôt Schapira (1999) y Vidal (1994).
- 5 Cuando están basadas firmemente en investigaciones empíricas, los conocimientos producidos sobre la ciudad en América Latina revelan, a menudo, lo mucho que los dispositivos de acción de los profesionales de la intervención social se basan en representaciones erróneas de los comportamientos y las esperanzas de las poblaciones a las que aquellos van dirigidos. En una investigación sobre los niños de las calles de Recife y las organizaciones no gubernamentales que pretenden asumirlos, Tobias Hecht muestra la manera en que la eficacia de estas últimas se ve limitada por su incapacidad de comprender la forma en que los niños perciben la calle y los servicios sociales (Hecht, 1998).
- 6 En una obra posterior (1998), Burdick vuelve de nuevo sobre la relación entre los distintos tipos de religiosidad popular y la diversidad de las formas de conciencia racial. Muestra, en particular, que, contrariamente a lo que mantienen los militantes del Movimiento negro, que ven el pentecostismo una religión de asimilación, éste lleva a considerar el racismo como inmoral, pese a rechazar todo lo que hace referencia a una herencia africana.



- 7 Trabajos recientes sobre la relación con lo político en los suburbios de Buenos Aires muestran también los límites de los enfoques que sólo explican en términos de clientelismo las relaciones complejas que se establecen entre las poblaciones pobres y los protagonistas políticos. Aunque hayan perdurado formas antiguas de transacción política después del restablecimiento de la democracia, el debilitamiento de las identidades partidarias y el descrédito de la política en Argentina hacen que el clientelismo sólo explica parcialmente el comportamiento político de los pobres y la acción de las asociaciones de barrio, que se comprometen muy a menudo en relaciones de tipo instrumental donde la ideología interviene apenas. Véase Miguez (1995), y Cavarozzi y Palermo (1995).
- 8 Se leerán a este respecto las obras clásicas de Victor Nunes Leal (1986) y Maria Isaura Pereira de Queiroz (1970).
- 9 Entre las numerosas obras publicadas sobre el tema se podrá consultar a Fedozzi (1998); Rías (2000), y Gret y Sintomer (2002).
- 10 Es en este sentido que va, por ejemplo, la obra de Michel Agier (1999).

## BIBLIOGRAFIA

- Abers, Rebecca. *Inventing Local Democracy. Grassroots Politics in Brazil*. Lynne Rienner Publishers, Boulder, 2000.
- Agier, Michel. Le sexe de la pauvreté. Hommes, femmes et famille dans une 'avenue' à Salvador da Bahia. *Cahiers du Brésil contemporain*, 1989, 8, p. 81-112.
- Agier, Michel. *L'invention de la ville. Banlieues, townships, invasions et favelas*. Paris, Éditions des archives contemporaines, 1999.
- Agier, Michel. *Anthropologie du carnaval. La ville, la fête et l'Afrique à Bahia*. Marseille, Editions Parenthèses/IRD, 2000.
- Alvarez Sonia E.; Dagnino Evelina; Escobar Arturo. *Culture of Politics, Politics of Culture. Revisioning Latin American Social Movements*. Boulder, Westview Press, 1998.
- Alvito, Marcos. *As cores do Acari. Uma favela carioca*. Rio de Janeiro, Editora FGV, 2001.
- Assies, Willem. *To Get out of the Mud: Neighborhood Associativism in Recife (1964-1988)*. Amsterdam, Centrum voor Studie en Documentatie van Latinjs Amerika, 1992.
- Barreira, Irllys. *Chuva de papéis. Ritos e símbolos de campanhas eleitorais no Brasil*. Rio de Janeiro, Relume Dumará, 1998.
- Boschi, Renato. Descentralização, clientelismo e capital social na governança urbana : comparando Belo Horizonte e Salvador. *Dados*, 1999, vol. 42, n°4, p. 655-690.
- Burdick, John. *Looking for God in Brazil. The Progressive Catholic Church in Urban Brazil's Religious Arena*. Berkeley and Los Angeles, University of California Press, 1993.
- Burdick, John. *Blessed Anastácia. Women, Race and Popular Christianity in Brazil*. New York, Routledge, 1998.
- Burgwal, Gerrit. An Introduction to the literature on Urban Social Movements in Latin America. Willem Assies; Gerrit Burgwal; Ton Salman (ed.). *Structures of power, movements of Resistance: An Introduction to the Theories of Urban Movements in Latin America*. Amsterdam, Centrum voor Studie en Documentatie van Latinjs Amerika, 1990, 55, p. 163-175.

- Caldeira, Teresa P. R. *A política dos outros. O cotidiano dos moradores da periferia e o que pensam do poder e dos poderosos*. São Paulo, 1984, Editora Brasiliense.
- Caldeira, Teresa P. R. Fortified enclaves: the new urban segregation. James Holston (ed.), *Cities and Citizenship*, Durham and London, Duke University Press, 1999, p. 114-138.
- Cardoso, Ruth. Movimentos sociais urbanos: balanço crítico. Bernardo Sorj, Maria Herminia Tavares de Almeida (orgs.). *Sociedade e política no Brasil pós-64*. São Paulo, Editora Brasiliense, 1983, p. 215-239.
- Castells, Manuel. *La question urbaine*, Paris, Maspero, 1975.
- Castells, Manuel, 1983, *The City and the Grass-Roots: A Cross-Cultural Theory on Urban Social Movements*, London, Edwards Arnold.
- Castells, Manuel. L'école française de sociologie urbaine vingt ans après. Retour au futur. *Les annales de la recherche urbaine*, 1994, n° 64, septembre, p. 58-60.
- Cavarozzi, Marcelo; Palermo, Vicente. State, Civil Society, and Popular Neighbourhood Organizations in Buenos Aires: Key Players in Argentina's Transition to Democracy. Charles A. Reilly (ed.). *New Paths to Democratic Development in Latin America. The Rise of NGO-Municipal Collaboration*, Boulder and London, Lynne Rienner Publishers, 1995, p. 29-44.
- Collier, David. *Squatters and Oligarchs: Authoritarian Rule and Policy Change in Peru*, Baltimore, John Hopkins University, 1976.
- Cornelius, W. A. *Politics and the Migrant Poor in Mexico City*, Palo Alto, Stanford University Press, 1975.
- D'Avila, Paulo M. F. *Democracia, clientelismo e cidadania. A experiência do orçamento participativo no modelo de gestão pública da cidade de Porto Alegre*. Thèse de doctorat, Rio de Janeiro, IUPERJ, 2000.
- Dias, Marcia R. *Na encruzilhada da teoria democrática: os efeitos do orçamento participativo sobre a câmara municipal de Porto Alegre*. Thèse de doctorat, Rio de Janeiro, IUPERJ, 2000.
- Diniz, Eli. *Voto e máquina política. Patronagem e clientelismo no Rio de Janeiro*. Rio de Janeiro, Paz e Terra, 1982.
- Dubet, François; Tironi, Eugenio et alii. *Pobladores. Luttes sociales et démocratie au Chili*, Paris, 1989, L'Harmattan.
- Escobar, Arturo; Alvarez, Sonia E. (eds.). *The Making of Social Movements in Latin America. Identity, Strategy, and Democracy*, Boulder, Westview Press, 1992.
- Fassin, Didier. *Marginalidad et marginados*. La construction de la pauvreté urbaine en Amérique latine. Serge Paugam (sous la direction de). *L'exclusion. L'état des savoirs*, Paris, Éditions La Découverte, 1996, p. 263-271.
- Fedozzi, Luciano. *Orçamento Participativo. Reflexões sobre a experiência de Porto Alegre*. Porto Alegre, Tomo Editorial, 1998.
- Gay, Robert. Community Organization and Clientelist politics in Contemporary Brazil: A Case Study from Suburban Rio de Janeiro. *International Journal of Urban and Regional Research*, 1990, 14 (4), p. 648-666.
- Goirand, Camille. Clientélisme et politisation populaire à Rio de Janeiro. Jean-Louis Briquet; Frédéric Sawicki (sous la direction de). *Le clientélisme politique dans les sociétés contemporaines*, Paris, PUF, 1999, p. 111-144.

- Goirand, Camille. *La politique des favelas*. Paris, Karthala, 2000.
- Gret, Marion; Sintomer, Yves. *Porto Alegre. L'espoir d'une autre démocratie*. Paris, Éditions La Découverte, 2002.
- Hecht, Tobias. *At Home in the Street. Street Children of Northeast Brazil*. Cambridge, Cambridge University Press, 1998.
- Linger, Daniel T. *Dangerous Encounters. Meanings of Violence in a Brazilian City*. Stanford, Stanford University Press, 1992.
- Kuschnir, Karina. *O cotidiano da política*. Rio de Janeiro, Jorge Zahar Editor, 2000a.
- Kuschnir, Karina. *Eleições e representação no Rio de Janeiro*. Rio de Janeiro, Relume Dumará, 2000b.
- Leal, Victor Nunes. *Corolenismo, enxada e voto. O município e o regime representativo no Brasil*. São Paulo, Editora Alfa-Omega, 1986 [1949].
- Lins, Paulo. *Cidade de Deus*, São Paulo, Companhia das Letras, 1997.
- Mafra, Clara. Drogas e símbolos: redes de solidariedade em contextos de violência. Alba Zaluar, Marcos Alvito (organizadores). *Um século de favela*, Rio de Janeiro, Editora FGV, 1998, p. 277-298.
- Martuccelli, Danilo. *Sociologies de la modernité. L'itinéraire du vingtième siècle*. Paris, Gallimard, 1999.
- Martuccelli, Danilo; Swampa, Maristella. *La plaza vacía. Las transformaciones del peronismo*. Buenos Aires, Editorial Losada, 1997.
- Merklen, Denis. Le quartier et la barricade: le local comme lieu de repli et base du rapport au politique dans la révolte populaire en Argentine. *L'Homme et la Société*, 2002, n° 143-144, janvier-juin, p. 143-164.
- Míguez, Daniel P. Democracy, Political Machines and Participation in the Surroundings of Buenos Aires. *European Review of Latin American and Caribbean Studies*, 1995, 58, June, p. 91-106.
- Nelson, Joan. *Access to Power. Politics and the Urban poor in Developing Nations*, Princeton, Princeton University press, 1979.
- Peralva, Angelina. Démocratie et violence: le cas de Rio de Janeiro. *Problèmes d'Amérique latine*, septembre-décembre, 1996, p. 79-98.
- Peralva, Angelina. *Violence et démocratie. Le paradoxe brésilien*. Paris, Balland, 2001.
- Pereira de Queiroz, Maria Isaura. *O mandonismo local na vida política brasileira*. São Paulo, Instituto de Estudos Brasileiro-Universidade de São Paulo, 1970.
- Préteceille, Edmond; Ribeiro, Luiz César de Queiroz. Tendências da segregação social em metrópoles globais e desiguais: Paris e Rio de Janeiro nos anos 80. *Revista brasileira de ciências sociais*. 1999, vol. 14, n° 40, junho, p. 143-162.
- Préteceille, Edmond; Valladares, Lícia. A desigualdade entre os pobres – favela, favelas. Ricardo Henriques (org.), *Desigualdade e pobreza no Brasil*, Rio de Janeiro, IPEA, 2000, p.459-485.
- Prévôt Schapira, Marie-France. Amérique latine: la ville fragmentée. *Esprit*, novembre, 1999, p. 128-144.
- Ray, Talton. *The Politics of the Barrios of Venezuela*, Berkeley, University of California Press, 1969.
- Schneier, Graciela; Sigal, Silvia. *Marginalité spatiale. État et revendications*

- urbaine: le cas des villes latino-américaines*, Paris, Maison des sciences de l'homme, 1980.
- Shefner, Jon. Austerity and Neighbourhood Politics in Guadalajara, Mexico. *Sociological Inquiry*, 2000, vol. 70, n° 3, summer, p. 338-359.
- Slater, David (ed.). *New social Movements and the State in Latin America*. Amsterdam, Centrum voor Studie en Documentatie van Latinjs Amerika, 1985.
- Swampa, Maristella (ed.). *Desde abajo. La transformación de las identidades social*. Buenos Aires, Universidad Nacional de General Sarmiento/Editorial Biblos, 2000.
- Touraine, Alain. *La parole et le sang. Politique et société en Amérique latine*. Paris, Éditions Odile Jacob, 1988.
- Valladares, Licia. Qu'est-ce qu'une favela ? *Cahiers des Amériques latines*, 2000, n° 34, p. 61-72
- Vidal, Dominique. Concevoir la communauté. L'efficacité d'une catégorie socio-spatiale au Brésil. Jérôme Monnet (ed.). *Espace, temps et pouvoir dans le Nouveau Monde*, Paris, Anthropos, 1996, p. 213-233.
- Vidal, Dominique, *La politique au quartier. Rapports sociaux et citoyenneté à Recife*, Paris, Éditions de la Maison des sciences de l'homme, 1998.
- Vidal, Dominique. Vulnérabilité et rapport à l'espace. tre pauvre et citadin à Recife. *Cahiers des Amériques latines*, 2000, n° 35, p. 91-108.
- Vidal, Laurent. Les mots de la ville. Un exemple: la notion de 'fragmentation'. *Cahiers des Amériques latines*. 1994, n° 18, p. 161-181.
- Walton, John. Urban Conflict and Social Movements in Poor Countries: Theory and evidence of Collective Action. *International Journal of Urban and Regional Research*, 1998, 22 (3), p. 460-481.
- Wampler, Brian. Orçamento participativo: os paradoxos da participação e governo no Recife, *Cadernos de estudos sociais*, vol. 15, n° 2, julho/dezembro, 1999, p. 343-374.
- Zaluar, Alba. *A máquina e a revolta. A organizações populares e o significado da pobreza*, São Paulo, Editora Brasiliense, 1985.
- Zaluar, Alba. Violência, crime organizado e poder: a tragédia brasileira e seus desafios. João Paulo dos reis Velloso (coordenador), *Governabilidade, sistema político e violência urbana*, Rio de Janeiro, José Olympio, 1994, p. 83-121.
- Zaluar, Alba. A globalização do crime e os limites da explicação local. Gilberto Velho e Marcos Alvito (organizadores), *Cidadania e violência*, Rio de Janeiro, Editora UFRL/Editora FGV, 1996, p. 48-68.